

UN CAPITULO DE LA GUERRA FRIA

(EL SEDICENTE INFORME FECHTELER)

Un conjunto de factores, en su recíproca proyección, dotan a la política internacional postbélica de una alarmante complejidad, tan acentuada, que en ocasiones sospechamos si todo el problema internacional actual dimana acaso de esta característica: la capacidad humana para abarcar las cuestiones objeto de análisis ha sido rebasada ampliamente; de ahí dimanaría la actual desorientación. Precisamente por esta causa se ha dicho que uno de los síntomas alarmantes de la actual postguerra viene determinado por el fenómeno que se ha rotulado así: celeridad de las desactualizaciones. De ello parece inducirse que la angustia del hombre postbélico viene determinada por el hecho de que cuando concentra su atención en el inquirimiento de un síntoma que considera prominente, sin transición, se ve atraído por otra manifestación que implica la irremediable desactualización de la precedente. Así, se dice, el hombre sometido a esa terrible presión termina por caer en la desesperanza y por colegir que no hay remedio posible frente a este determinismo internacional de la hora presente.

Creemos que al hombre le está vedado llegar a esta conclusión, que valdría tanto como proclamar su fracaso, sin antes inquirir respecto a si el problema es tan complejo como se asevera, o si, por el contrario, lo que acontece es que las cuestiones internacionales no han sido debidamente planteadas. A nosotros nos asalta la sospecha de que es esto último lo que está aconteciendo, y esa deducción provisional quisiéramos someterla a un análisis preciso para deducir respecto de su pertinencia.

Se citan, como ademanes dialécticos propios respectivamente de Rusia y de los Estados Unidos, los representados por la denominada *guerra fría* y por el aislacionismo norteamericano, agregándose que así como el segundo se encuentra en período declinante, la primera conserva su vigencia, y entre lo crepuscular y lo creciente la ventaja está de parte del segundo. Acaso esa exégesis refleje una parte de la verdad, pero no la verdad íntegra. Tanto la «guerra fría» como el aislacionismo son episodios postbélicos, en cuanto uno y otro se traducen en la consecuencia

de mantener la actual interinidad internacional, con la sola diferencia, sustancial, de que la *guerra fría* propende conscientemente a incrementar la sensación de contingencia, en tanto el aislacionismo alimenta el episodismo, acaso sin proponérselo, y entre una fuerza activa y otra pasiva, la ventaja dialéctica y hasta su posible cosecha fáctica está de parte de la primera.

La anterior versión, que hemos ligado a los dos síntomas citados, no se agota con los ejemplos aludidos, ya que hay otro sector del mundo, importante, que, polémicamente, lejos de coincidir con ninguna de las referidas propensiones, intenta desligarse de su respectivo influjo; nos referimos al sector neutralista europeo, que no es postura episódica, sino interpretación mantenida con visible ambición de permanencia. El neutralismo, al igual que toda postura de disparidad dialéctica, acentúa su proyección con tanto más ahinco cuanto más próxima ve la posibilidad de su eliminación. Ahora que estamos en vísperas de constituir la comunidad defensiva europea, aspiración que ha sido especialmente respaldada por Francia, país específico del neutralismo, resulta explicable que quienes respaldan la política internacional de inhibición frente al dualismo ruso-norteamericano, viendo en inminente peligro su tesis, traten *in extremis* de buscar afanosamente su posible salvación. Es sintomático que *Le Monde*, cuyo director, Beuve-Marie, es tan conocido por sus inclinaciones neutralistas, haya recogido en sus columnas un informe que atribuía al almirante Fechteler, informe hoy reconocido como apócrifo, ya que se trata simplemente de reproducir, con enmiendas que posibiliten su reactualización, un artículo publicado en la revista *U. S. Naval Institute Proceeding*, en 1950, por el capitán de la Marina norteamericana Antony Tallarico. Dicho artículo ha levantado una enorme polvareda dialéctica a uno y otro lado del Atlántico, eco y repercusión explicables, una vez que se conoce la esencia de dicho trabajo, que ofrecemos seguidamente al lector de estos CUADERNOS DE POLÍTICA INTERNACIONAL.

«Una guerra —decía en 1950 Tallarico— estallará probablemente antes de 1960; la situación de la Europa occidental es precaria, sin que se adivine cómo puede ser atenuada tal característica; por lo cual no es posible abrigar ilusiones y es preciso reconocer la enorme superioridad de los efectivos militares con que cuenta Rusia, del otro lado del Elba. En pocos días los ejércitos soviéticos llegarán al Rihn y al Atlántico. Por ello la atención de los Estados Unidos debe concentrarse en dos amplios sectores: el Africa septentrional y el Oriente Medio, ya que se trata de dos regiones de alto interés estratégico. De ahí se induce la terrible consecuencia de que Europa, en una futura guerra, sería objeto de una nueva liberación, y ésta sólo puede alcanzarse utilizando como puntos de apoyo los citados sectores del Africa septentrional y del Oriente Medio. Esta interpretación implica una lógica consecuencia: necesi-

dad, por parte de los Estados Unidos, de acentuar su política de cooperación y entendimiento con los países africanos y árabes.»

Tal era la tesis respaldada por Tallarico, y que ahora, no se sabe todavía de modo exacto por parte de quién, se intentó atribuir al almirante Fechteler, como constituyendo un informe elevado al Consejo de Seguridad de los Estados Unidos por el jefe del Estado Mayor de su Marina. El hecho de que se haya derramado luz sobre el carácter apócrifo de tal supuesto informe no resta importancia, como veremos seguidamente, a la versión reflejada en esas líneas de Tallarico.

La publicación de *Le Monde*, ante todo, parecía fortalecer la tesis de cuantos en Europa occidental, y concretamente en Francia, sienten explicable espanto ante la idea de una nueva liberación de Europa; tal liberación no respondería al vocablo, ya que una cosa es liberar territorialmente un continente en condiciones de convalecer tras la invasión, y otra liberar las ruinas de un continente que sería eliminado definitivamente del panorama internacional, con todo su prestigio y todo su pasado histórico. Ese desenlace vendría a fortalecer dialécticamente la tesis de los neutralistas, para los cuales debe tenderse a lograr la evasión respecto de un dilema que, según los partidarios de la inhibición, no es tan insoslayable como pretenden quienes dialécticamente lo apuntalan. Al propio tiempo, encontrándose Europa en vísperas de dar un paso decisivo, incluyendo a la Alemania occidental en su dispositivo militar, comoquiera que ese desenlace vendría a fortalecer la tesis dilemática, para obstaculizarlo nada mejor que esgrimir una vez más el temible espectro de la liberación europea. De donde se induce que la tesis de Tallarico favorecería por igual a Rusia y a los neutralistas franceses, coincidencia dialéctica que no es la primera vez que la reflejamos, pese a que los neutralistas franceses hacen protestas reiteradas de su anticomunismo, afirmación contradicha por esa sospechosa coincidencia temática.

Para muchos, el hecho de que *Le Monde* haya reconocido el carácter apócrifo del sedicente informe Fechteler, cierra definitivamente este ruidoso incidente. No compartimos enteramente tal punto de vista, y nuestra divergencia no es caprichosamente formulada. Aparte lo que afecta a la paternidad del citado artículo, resta otro problema, acaso más sustancial que el aludido, a saber: lo que hay de verdad en las concepciones del trabajo cuya reedición, disimulada, tanta polémica generó. A ese aspecto del problema consideramos imprescindible aludir.

Como es sabido, entre los muchos medios ideados en Norteamérica para hacer frente a la creciente presión rusa, ninguno de ellos eficiente, se ha incluido el sistema de la diplomacia total. Según esta concepción, puesto que Rusia dispone de un dilatado frente de presión, que prácticamente va desde el norte de Finlandia hasta el estrecho de Bering, es preciso calibrar las disponibilidades rusas en su integridad y oponer resistencia a sus presiones allí donde éstas se intensifiquen. Mas pronto se

reconoció que era imposible montar una guardia eficiente en frente tan dilatado; por cuyo motivo se imponía, como condición *sine qua non*, procurarse la cooperación de los pueblos situados en las zonas contiguas a ese inmenso frente dialéctico y topográfico. De tal exigencia brotó, como fruto lógico, la sugerencia norteamericana proponiendo a los pueblos árabes la conclusión de un Tratado de alianza que fuese como complemento del Pacto del Atlántico.

Todo parecía concurrir en sentido de favorecer la iniciativa norteamericana, habida cuenta de que el mundo árabe, por tradición, es opuesto al comunismo, cuyo contenido ateo es incompatible con la textura teocrática de esos pueblos mahometanos. Posiblemente alguno de los requeridos valoró con excesivo optimismo la importancia de su papel en esta cruzada frente a la infiltración comunista, y de modo especial Egipto, uno de los países concretamente requeridos. De ahí brotó una consecuencia que no debe causarnos sorpresa: los países árabes sólo podían aceptar la sugerencia norteamericana si entraban en la propuesta alianza en un absoluto pie de igualdad, equiparación sólo factible si se atendían las demandas árabes en el sentido de eliminar cuanto se opusiese al reconocimiento pleno de su soberanía. Egipto, no sin motivo, consideraba como incompatible con su independencia la presencia de tropas inglesas en su suelo y la no solución definitiva del problema sudanés. Los egipcios no ignoraban que en la opinión norteamericana se ha abierto paso, la tesis de Roosevelt, según la cual el colonialismo y sus actuales vestigios deben considerarse como un problema en franca vía de liquidación. Esta consideración resultaba aplicable a todos los pueblos árabes, y por tanto a Túnez, cuyas inclinaciones autonomistas no deben considerarse como aspiración inadecuada; baste pensar que otro país árabe, políticamente menos preparado que Túnez, ha alcanzado la independencia: aludimos a Libia, y ese ejemplo de colindancia inevitablemente había de incrementar el ímpetu de los integrantes del neodestur.

Lo anteriormente consignado pone claramente de manifiesto hasta qué punto es delicada la posición norteamericana respecto a una colaboración, imprescindible, por otra parte, con los pueblos árabes, habida cuenta de que las dos potencias europeas cuya presencia en tierras egipcias y tunecinas representa un vestigio colonialista, son aliadas de los Estados Unidos. Compaginar la inclinación tendente a dar satisfacción a los pueblos árabes, con la necesidad de no afectar a la solidez de la alianza reflejada en el Pacto del Atlántico, constituye problema de bien difícil solución, porque aun en el supuesto de que, por vía de avenencia, se lograse alcanzar la evacuación de los efectivos británicos situados en la zona del canal, esta vía de comunicación no perdería su significación geopolítica, que, si desde el punto de vista británico constituye la vena yugular del Imperio, considerada en relación con el dispositivo militar de Occidente, es de importancia primordial. Las precedentes conside-

raciones no han sido tenidas en cuenta por el capitán norteamericano Tallarico, al hablar, con sorprendente desenfado, de la indefensión de Europa, del abandono del viejo continente y de su nueva liberación, mil veces más cruenta que la de 1944, y al considerar, no sin cierta frivolidad, que resultaría posible construir, de modo inmediato, un dispositivo de contención contando únicamente con la aportación de los países árabes, respecto de una zona tan neurálgica como lo es aquella a que se hace referencia en el tan discutido artículo, aparecido en 1950 en *U. S. Naval Institute Proceeding*.

Se ha dicho que si hoy debiera escribir nuevamente sobre el particular el capitán Tallarico, necesariamente tendría que atenuar su pesimismo respecto a la posibilidad de defender el mundo occidental europeo ante una invasión procedente del Este, por cuanto, desde 1950, el rearme de Europa, aun cuando no en la medida solicitada desde Norteamérica, ha progresado visiblemente. Pero esa mutación en las circunstancias no afecta para nada a lo que hay de permanente en lo que pudiera considerarse como base dialéctica del criterio respaldado por Tallarico, ya que existen factores geopolíticos cuya vigencia está por encima de consideraciones circunstanciales; y aun no compartiendo nosotros esta especie de determinismo geográfico, que en esencia es inevitable achaque de todos los geopolíticos integrales, consideramos, ello no obstante, que en materias de política internacional, sobre todo cuando se indaga en torno a normas de acción permanentes, no puede desdeñarse cómo la geopolítica impregna la política internacional, y en este sentido, no sólo esa zona del Oriente Medio habitada por árabes constituye medio de hacer sentir a Rusia el peso de una ofensiva, en caso de guerra, sino que para la U. R. S. S. esa dilatada zona puede resultar imprescindible, especialmente con vistas a la guerra, que cada vez resultará actividad más mecanizada; nos referimos a las riquezas petrolíferas que esas regiones encierran y cuya posesión puede ser factor decisivo en el supuesto de una nueva guerra. Es este, problema por nosotros ya abordado anteriormente, pero al cual queremos aludir de nuevo, aun cuando sea de modo esquemático.

Hoy los Estados Unidos, como productores de petróleo, están a la cabeza del mundo; pero en los próximos veinte años se calcula que se incrementará el consumo del petróleo en los Estados Unidos en un 35 por 100, disminuyendo la producción en un 30 por 100, lo cual significa un déficit de 150 millones de toneladas anuales. Por ello Norteamérica ha fijado su atención en la Arabia saudita, donde, hasta el presente, están explorados unos 500 millones de toneladas, pero los técnicos calculan que las reservas sauditas son acaso las más importantes del mundo. En esa dilatada zona hay que contar, además, con las reservas de los yacimientos petrolíferos del Irak y del Irán. Todo lo cual constituye motivo más que sobrado para que Norteamérica se vea precisada, más tarde o

más temprano, a poner fin a su actual indecisión en el pleito planteado por las demandas de los países árabes, peticiones que, a su vez, repercuten directamente sobre la posición de Francia e Inglaterra en cuanto potencias coloniales.

De ese análisis inducimos que el capitán Tallarico ha incurrido en notorio error al formular su tesis alternativa (abandono de Europa y refuerzo defensivo en el Africa y en el Medio Oriente). A nuestro entender, ambos sectores estratégicos se complementan, y aun en el supuesto de que se atendiera debidamente a organizar la defensa de la Europa occidental esa actividad en nada amenguaría la significación estratégica y geopolítica de los países árabes. De ahí el desacierto que supone el ofrecer a los países árabes, sostenedores de atendibles reivindicaciones, la versión inexacta de que son ellos el último recurso que resta al mundo occidental, al cual Tallarico considera irremediamente desahuciado. El estado pasional que hoy late en el mundo árabe encontrará un adecuado fortalecimiento en esa exégesis fraudulentamente atribuida al almirante Fechteler, que en modo alguno puede aprovechar al mundo de Occidente, en tanto brinda coyunturas, tanto a los que defienden la práctica de una neutralidad imposible, cuanto a los que saben sobradamente cómo esas notas alarmistas robustecen la *guerra fría*, de cuyas reiteradas ofensivas se nos ofrece ahora un nuevo capítulo; proyección e influencia que no se elimina totalmente con el *mea culpa de Le Monde*, ya que, estando en un período de guerra psicológica, el remozar ahora tesis como la de Tallarico contribuirá a incrementar la perplejidad, la desesperanza e incluso la posible desertión de cuantos especulan en torno a lo irremediable de una derrota cuya evidencia explicaría el por qué asoman nuevamente al escenario europeo los impenitentes valedores del neutralismo.

Nada de bueno significaría el tolerar que el estado de indeterminación en que hoy vive el mundo occidental se prolongase. Trátase de un problema cuya agravación está determinada por su sola perduración. Pero no nos faltan motivos para inducir que, una vez más, los Estados Unidos no se dispondrán a tomar posición cierta, vacilación favorecida por la proximidad de unas elecciones norteamericanas, respecto de las cuales será bastante decir que, a nuestro entender, los demócratas, y sobre todo los republicanos, parecen no haberse dado exacta cuenta de que, por vez primera en su historia, van a celebrarse unas elecciones con el precedente, inédito hasta el presente, a tenor del cual los Estados Unidos están ligados a un convenio de alianza de tipo permanente con el viejo mundo, lo cual debiera alterar toda la técnica de la dialéctica preelectoral, mutación no calibrada en todo su alcance y trascendencia, por lo menos hasta el presente.

CAMILO BARCIA TRELLES

São Paulo (Brasil), junio de 1952.